



TUCUMÁN

SAGRADAS ESCRITURAS

MARÍA GABRIELA DE BOECK

Tucumán
con todas las letras

Presidenta de la Nación
Dra. Cristina Fernández de Kirchner

Ministro de Educación de la Nación
Prof. Alberto Sileoni

Secretaría de Educación de la Nación
Prof. María Inés Abrile de Vollmer



Directora del Plan Nacional de Lectura
Margarita Eggers Lan

Coordinadora Región 5 (NOA)
Adriana del Vitto
adelvitto2005@yahoo.com.ar

Gobernador de la Prov. de Tucumán
CPN José Jorge Alperovich

Ministra de Educación
Lic. Silvia Rojkés de Temkin

Secretaria de Estado de Gestión Educativa
Prof. María Silvia Ojeda

Directora de Asistencia Técnico Pedagógica
Prof. Graciela Beatriz Aldonate

“Sagradas escrituras”, de María Gabriela De Boeck

© María Gabriela De Boeck

Diseño de tapa y colección: Plan Nacional de Lectura 2011
Colección: Tucumán con todas las letras

Ministerio de Educación de la Nación
Secretaría de Educación
Plan Nacional de Lectura 2011
Pizzurno 935 (C1020ACA) Ciudad de Buenos Aires
Tel: (011) 4129-1075/1127
planlectura@me.gov.ar - www.planlectura.educ.ar

República Argentina, 2011

SAGRADAS ESCRITURAS

MARÍA GABRIELA DE BOECK

Hace demasiado frío en el scriptorium; poco puede hacer el calor de los leños de abeto en el enorme recinto donde trabajan los copistas. Desde los amplios ventanales, por donde se cuele la luz de la mañana alumbrando el trabajo silencioso en las mesas atestadas de pergaminos, se ven las montañas blancas rodeando el monasterio como en un inclemente abrazo. La calefacción no es para los monjes sin jerarquía que solo se dedican a la monótona tarea de copiar los textos, únicamente tienen derecho a calentar sus viejos e insignes huesos los superiores que hacen el trabajo más importante, porque aprendieron a mandar y hacerse obedecer.

Fray Benedictus es joven, quizá por eso copia con más entusiasmo que ninguno y se equivoca menos que todos: es veloz, incluso para reparar los errores. No ha aprendido los signos allí sino en el pequeño pueblo a orillas del Rin, del viejo tutor que su padre, el barón de Malhendorf, contratara para hacer del entonces niño un espíritu letrado, no un hombre de armas, que para eso no servía (por suerte para el escudo de su casa, ya lo eran sus hermanos mayores).

Adolf –tal su verdadero nombre– era el más pequeño de su descendencia y una sangre distinta animaba su cuerpo. Poco tardó su madre en darse cuenta, cuando lo veía en los jardines contemplando el vuelo de las mariposas al reverdecer de la primavera, de que el pequeño no seguiría con felicidad el camino de los varones de la familia, peleando siempre por ensanchar los límites de su feudo. Mientras sus hermanos se entrenaban en las rutinas ecuestres y en el manejo de las armas, Adolf aprovechaba un descuido del

instructor y emprendía largas caminatas por el parque buscando el contacto con las maravillas más simples de la naturaleza. Las plantas atestadas de frutas, los árboles mágicos cobijando anónimos trinos, el aire fresco de la mañana empapado del perfume de las cien variedades de rosas que el jardinero de Malhendorf se jactaba de hacer florecer en el inigualable jardín, llenaban su tierno pecho, como en una larga inspiración que lo salvara de un destino de sangre y muerte que no quería.

El barón, cada vez más desconcertado por las inclinaciones del joven, decidió que sería el último hijo legítimo: quizá la baronesa de Malhendorf estaba ya demasiado vieja a los treinta y un años para seguir pariendo y las anomalías de Adolf eran una señal elocuente de que nuevos hijos serían aún más defectuosos. La extrañó los primeros días en la enorme cama matrimonial porque la amaba y se preguntó en la soledad de las noches interminables qué estaría haciendo ella en el recinto donde la había mudado, en el ala opuesta del castillo. Al amanecer de la primera noche de insomnio y pesadilla, dispuso que un servidor de confianza velara junto a su puerta y que le comunicara inmediatamente el menor movimiento, el más tenue gemido, cualquier aroma desconocido...

A partir de entonces, el amor del barón se transformó en amargura. No dejó una noche sin desfogar su insaciable instinto en cuanta moza casadera habitara su feudo, pues para eso se había ganado el derecho de ser el señor, pero jamás pudo recordar ningún rostro al salir el sol. Como bajo la maldición de un tenaz hechizo, cada anochecer, al entregarse al ancho vacío de la cama, aunque hubiese buscado cansarse durante el día hasta sentir que se acalambraban sus miembros, esperando cerrar los ojos y, simplemente, dormir, podía ver cómo un denso vapor blanco se deslizaba por debajo de la infranqueable puerta y se dirigía lenta, seductoramente, hacia su cuerpo. Cerraba los ojos, se dejaba invadir sin resistencia y el olor de la Baronesa comenzaba a poseerlo. Como transportado a regiones de magia, desfilaban por su mente otra vez los momentos en que habían ido enlazando sus vidas por dieciséis años. Recordaba la primera vez, la del encuentro y el deslumbramiento; ella era apenas una niña de trece años, él tenía veinte, demasiada vida y experiencia para un hombre de armas del viejo y noble Rhin como para saber qué mujer quería. La siguiente escena era la plenitud en los ojos de la Baronesa, a pesar del rostro devastado por el esfuerzo del parto, mien-

tras amamantaba al primogénito Malhendorf... Una a una se abrían paso las imágenes de la vida feliz que lo habían amarrado a aquella mujer... hasta que llegaba al octavo hijo: ¡Adolf! ¿Qué pasó con él? ¿En qué falló? Por supuesto que era su sangre, se le parecía más que ningún hijo, tanto que de espaldas era difícil reconocerlos ahora que el muchacho había ganado estatura. Y en el azul profundo de su mirada podía verse aún la marca de la casa de Malhendorf: el azul del cielo que sus belicosos antepasados buscaban como una señal divina, de valle en valle, para detener su andar itinerante y asentar definitivamente su casta.

No bien el Barón llegaba a este punto en su ensoñación, el gigante de la furia lo poseía, se levantaba impetuosamente del engañoso lecho, descendía las escaleras como una legión de demonios y ya en la caballeriza, apenas montaba al más brioso de los caballos, comenzaba a azotarlo hasta que sentía que era uno con la bestia corriendo desbocada pendiente abajo, hacia las doncellas de la aldea, donde nadie podía resistírsele porque él era el Señor y amo de Malhendorf.

Noche tras noche la secuencia se repetía. Seis meses todo el feudo se resintió de la amargura del Señor: la Baronesa disfrazaba su llanto con un gesto casi de santidad, forzando la entereza de su espíritu para que sus hijos la vieran si no alegre, por lo menos con esa sonrisa que sostenía la ruda casa de los Malhendorf. Mientras, iba perdiendo tanto peso que parecía otra vez una niña o un lánguido ángel a punto de volar. Los hijos mayores continuaban entrenándose, más que por deseo, por temor a la ira del padre; el joven Adolf, más callado y retraído que nunca, había descubierto una nueva pasión para huir del embrujo de los fantásticos jardines, que tanto daño habían causado: leer los códices que su tutor le prestaba con enorme celo porque eran un tesoro rarísimo. La servidumbre del castillo era un desfile de sombras silentes por las galerías, deseosas de pasar desapercibidas del favor y de la ira del amo, como hojas temblando a merced del viento. En la aldea, casi todas las jóvenes lloraban mientras las más atrevidas se ilusionaban con ganar en la noche fugaz el favor del señor; los padres, maridos y pretendientes apretaban sus puños mientras miraban el cielo mezclando una plegaria y una maldición. Sin embargo, fue la fe de las madres invocando la bendición divina para que la paz volviera al corazón del que había sido un buen señor, lo que obró el milagro.

Una clara mañana el Barón hizo llamar a la señora: había decidido en el desvelo, peleándose con terribles demonios, hasta que le sangró el alma, que su último hijo ingresaría como monje en una abadía. Quizá así domaría ese raro espíritu que lo tenía poseso. Si no quería consagrar su cuerpo a las armas, que le entregara el alma a Dios; aunque en lo profundo tenía la esperanza de que la nueva vida fuera para el joven una tortura que lo exprimiera hasta hacerle brotar la esencia de los Malhendorf. No muy lejos, al otro lado de los Alpes, aislado del cariño materno, los trinos y las flores, Adolf descubriría su verdadera vocación. Sólo era cuestión de tiempo. Recién entonces, cuando aprendiera la lección, lo iría a buscar y lo recibiría con todos los honores.

Pero lejos de los sueños del padre, Fray Benedictus ha tejido los propios, minuto a minuto del siglo en que se convirtió este primer año de la vida monástica. Hábil, inteligente, de poderosa memoria, supera a todos los novatos: es el único capaz de copiar cuatro códices por año, los otros apenas llegan a uno. Ya se habla de él entre laudes y maitines, cuando los superiores y el Abad pueden intercambiar unas cuantas palabras; deben reemplazar a Fray Hildebrandus, la cabeza del scriptorium, que con sus imposibles ochenta y cinco años apenas puede leer las letras capitales. No hay ninguno mejor que "el Alemán" —como secretamente lo llaman en las más altas jerarquías de la abadía—; reúne todas las condiciones necesarias: circunspección, obediencia, conducta, laboriosidad y saber. No parece muy devoto, pero eso no es relevante en este caso.

Ajeno o desinteresado de los rumores, que le han llegado por labios del monje nuevo que tiene su mesa a metros de la suya, Fray Benedictus continúa copiando. El recién llegado es atrevido: a pocos se les ocurre hablar, aprovechando un descuido del hermano que pasa cada diez minutos por su lado, controlando que nadie distraiga su sagrada tarea con voces perturbadoras de la consagración y de los votos propios de un copista o —peor aún— que quede irresponsablemente dormido sobre los códices por una fracción de segundo—. El castigo por violar el voto de silencio puede llegar hasta tres días sin comida, en aislamiento, para que el recogimiento y la reflexión hagan volver al espíritu a su lugar, encerrado en "la celda negra", en alusión a la oscuridad reinante de un cubículo en que apenas cabe un cuerpo acostado y sin ninguna entrada de claridad. "Si la oscuridad te ha cegado alguna vez, conocerás verdaderamente la luz" —recitan los monjes como una letanía

mientras desoyen el contenido llanto casi infantil de los novatos que son conducidos sin resistencia al obligado retiro.

En la mesa de Fray Benedictus todo es orden, según unas reglas que solo él conoce. En la parte superior del tablero están dispuestas las plumas de patos, gansos y cisnes; las tintas vegetales y minerales de variados colores y calidades y unos tinteros que va eligiendo según el uso. Los pergaminos se disponen por clases sobre el mesón. A la izquierda, arriba, los que ya han sido iluminados por Fray Domenicus y cuyos sagrados dibujos debe rotular; a la derecha, arriba, aquellos que ha corregido recientemente, dejándolos para que se secan y que luego deberá reescribir; a la izquierda, abajo, originales y copias pendientes y a la derecha, abajo, los que está copiando actualmente, y en cuyas letras capitales ha demostrado su destreza como miniaturista, arte que aprendió con extraordinaria velocidad. Santos, arabescos, animales fabulosos, flores ornamentan las letras y por medio de ellos echa a volar su alma. Es lo que más disfruta hacer y podría decirse que —si no fuera impropio para un monje— hasta le da placer. Algo más hay, sin embargo, oculto entre estos últimos pero que pasaría por cualquier otro códice. Se trata de un escrito especial, que no es una copia sino una creación del propio Fray Benedictus, una creación secreta, clandestina, que nadie más puede conocer ni entender ni mucho menos usar.

A pocos meses de su llegada, cuando la angustia lo oprimía de tal manera que estaba a punto de rogar al Barón de Malhendorf, falsamente arrepentido de su fantasioso comportamiento, que lo devolviera al castillo para demostrarle que también él era un hombre de armas, se le había entregado un antiguo códice escrito en latín pero de origen arábigo y junto a él, la recomendación, casi orden, del superior del scriptorium de hacerlo con la mayor premura: los peligrosos signos que contenía podrían llegar a afectarlo si, llevado por el demonio de la curiosidad, se detuviera a leerlo. El manuscrito venía rodeado de un misterioso halo de leyenda: se decía que era capaz de ejercer un nefasto poder en quien lo leyera, si no era la persona adecuada. Acerca de su contenido, no sabía nada, excepto que se trataba de palabras mágicas o sagradas, prohibidas para el común de los mortales. Su transcripción había sido especialmente encargada por una abadía benedictina enclavada en cumbres remotas y en cuya biblioteca se decía que se concentraba el saber del mundo; se buscó entonces a un copista extranjero y experto, dudando de la capacidad o de la osadía de sus propios monjes para

emprender esta tarea, que debía ser sumamente rápida: el manuscrito había sido facilitado secretamente en préstamo por el imán de una mezquita que creía con firmeza que el amor a Dios era también compartir el saber, más allá del credo. Si no se lo preservaba en otro lugar, allí ese precioso texto se diluiría en el silencio. A nadie extrañó en el scriptorium, aunque era un asunto secreto, que Fray Benedictus fuese el elegido para esta excepcional obra; era indiscutible que reunía todas las condiciones para una misión de semejante importancia, no obstante la lógica rivalidad que iba desatando en sus compañeros de tarea, mucho más grandes y experimentados que él, pero –murmuraban animados por un imposible anhelo de sedición– menos valorados.

Emprendió entonces la tarea con la única pretensión de entretenerse para que el tiempo le doliera menos, quizá la concentración en el trabajo lo desprendería de los brazos de la nostalgia.

Al principio fue una labor rutinaria, como cualquier otra, signos que leer y copiar mecánicamente, mientras dissociaba su mano –que había aprendido a moverse sola– de su imaginación, dejándose llevar en ese viaje de regreso a las tierras que amaba. Con el correr de los días, de a poco, sin darse cuenta cómo, los signos fueron llamando su atención. Nunca le había sucedido esto con ningún trabajo. Una mañana inusualmente cálida, cuando contaba ya cuatro horas de labor, algo sucedió con los caracteres: las letras capitulares de los párrafos empezaron a contonearse en extraños giros y movimientos, como animadas por una música sorda para él, mientras entrelazaban sus partes tal cual si formaran las figuras de una curiosa danza. Se frotó los ojos pensando que lo que veía era consecuencia del excesivo trabajo pero ese día se sentía, contrariamente, lúcido y fresco. La visión desapareció entonces. Al otro día, la imagen volvió a repetirse y pudo reparar en más detalles: el decorado de las letras representaba partes de cuerpos, piernas, troncos y brazos de hombres y mujeres desnudos o apenas cubiertos con ligeras sedas, que se tomaban, se acercaban, se entrelazaban y realizaban raros movimientos como al compás de un inaudible ritmo. . . Esta vez, la visión desapareció sola y no volvió a repetirse durante la jornada. Al tercer día, movido por la curiosidad, no opuso resistencia. La fantástica aparición llegó en un momento de intensa concentración en el texto que copiaba, pero la advirtió cuando las letras comenzaron a moverse sigilosamente, como cuerpos que recién despertaban y se preparaban para la

acción. Distinguía con nitidez, entre dos sólidas piernas de mujer, perfectamente formadas, adornadas con brillantes ajorcas y abalorios en sus tobillos, las líneas diagonales que se entrecruzaban en la "A"; la "L" era una silueta triste, sentada de espaldas contra una invisible pared, a la espera de algo que la sacara de la melancolía; la "S" se desplazaba en el pergamino como una mujer de espaldas, sensual y desnuda, reptando lentamente. Más pecaminosas otras, dejaban de ser los signos que él conocía para transformarse en símbolos de un mundo desconocido, quién sabía cuál y así la "M" podía leerla en las piernas flexionadas de una mujer acostada de espaldas pero frente a él o la extraña "K", que mostraba a una pareja apasionada, el hombre de pie y la mujer enfrentada a él, en falso ademán de alejarse, mientras él la retenía por la cintura.

Si desobedecer es pecado, podría decirse que Fray Benedictus ha pasado los últimos meses en ese horrendo estado desde que las letras comenzaron a manifestársele como algo más. Lo peor es que no tiene culpa, lo mejor es que haciéndolo, dejándose arrastrar por ellas a la infinita fantasía de ese otro mundo, de vínculos espontáneos, de libertad para combinar e imaginar, es feliz. Pero debía entregar el manuscrito en un mes, ya lleva dos copiando doble: uno, por el encargo; el otro, para él. Nadie puede advertir la exigida tarea de la copia paralela, ambos manuscritos son idénticos. Su única preocupación es si las copias conservarán el poder del original. Se tranquiliza: no es el pergamino en sí sino sus signos, que le fueron descriptos como mágicos o sagrados cuando le encomendaron el trabajo. Entonces, las letras deben tener la clave. Mirándolo hacer su tarea, desde lejos, el Abad y Fray Hildebrandus agradecen al cielo la dedicación sin cansancio y el fervoroso celo con que el joven monje gana el favor divino. No emite una queja, ni una palabra, ni siquiera levanta la vista; hasta parece disfrutar la ardua tarea. Cualquiera diría que copia en un estado de éxtasis. ¡Lo que puede el espíritu de Dios en las almas devotas!

Pero Fray Benedictus está más allá de su entorno, como siempre. Animado por desentrañar el secreto de las letras, intuye que debe aún descubrir más. Ya ha visto tantas imágenes, cuando las letras despliegan para él mil posibilidades, que encuentra en el espectáculo curiosas formas que nunca imaginara antes. Las líneas van curvándose cada vez más, sus sinuosas combinaciones despiertan en su joven instinto insólitas ideas y sensaciones nue-

vas. Muslos llenos, prominentes nalgas, turgentes pechos que jamás viera antes lo incitan a formar también él parte de ese entramado de cuerpos que danzan con un frenesí creciente. Siente en su sangre un calor distinto, un ansia de vivir y de agitarse, de buscar otro cuerpo con el que moverse y coincidir en un ritmo de a dos, como si fueran uno. Un cálido hormigueo que empieza en su pecho y va descendiendo hacia su ingle para instalarse allí en una agradable sensación de vida a punto de estallar, le despierta una rara necesidad de un cuerpo femenino. La compañía de alguien en especial va agigantándose en su espíritu, casi llega a presentirla.

Ya falta poco, apenas unos párrafos y la tarea culmina. Escuchó que su padre vino a verlo o a llevarlo de regreso al castillo pero, cuando se le avisa, le manda a decir que está muy ocupado y que está bien así, que necesita allí un tiempo más para purgarse. O todo el tiempo. No sabe que su madre intercedió y que el amor del Barón hacia ella pudo más: lo aceptarán como es, lo recibirán como al hijo díscolo pero también como a un auténtico Malhendorf, No lo sabe y quizá no le importe. Porque ahora, lo siente, ella está a punto de aparecer por fin...

En el último párrafo se produce el encuentro. Escondida en una "H", recatada a pesar de su desnudez que solo cubre con un velo transparente sus senos y sus caderas, lo espera, firme y decidida. De sus brazos extendidos hacia arriba, como elevados en una sagrada plegaria implorando una bendición al amor a punto de consumarse, se desprenden los fantásticos destellos de las ajorcas de oro serpenteando en la carne morena y firme; adornada con guirnaldas de flores y mariposas que las sobrevuelan, la piernas generosas y amplias se abren como una puerta entornada, que lo invita al mágico intercambio, o al paraíso.

No va a decir que no, va a quedarse con ella para siempre. Y será con los años el encargado del scriptorium, hasta que sus cansados huesos se apoyen en un bastón para vigilar el sigiloso y devoto copiado, porque sólo allí, entre los manuscritos y las escrituras, ha encontrado la forma más sagrada e inocente de la felicidad.

MARÍA GABRIELA DE BOECK

Nació en Tucumán en 1970. Se graduó como Profesora y Licenciada en Letras en la Universidad Nacional de Tucumán. Trabajó en investigación en la U.N.T. y elaboró su tesis de licenciatura sobre lo mítico y lo fantástico en la novela argentina contemporánea y sobre la narrativa histórica nacional de fines del siglo XX.

Hizo docencia superior no universitaria, enseñando Didáctica de la Lengua y la Literatura y Alfabetización Inicial, así como diferentes proyectos de investigación educativa. Recibió numerosos premios. Actualmente, trabaja en su primera novela: *El zapato mágico*, y se desempeña como docente de nivel medio en zonas rurales del interior de la provincia.

PARA SEGUIR LEYENDO

Cuentos:

“El testigo”.

“La cita”.

“Intrusos”.

“Pasos viciados”.

“La muerte entre las cañas”.



Ministerio de
Educación
Presidencia de la Nación

PLAN NACIONAL
DE LECTURA



TUCUMÁN